

El mayo de la Nochevieja

por José Carreto

A mediados de la década de 1970, no puedo precisar exactamente el año, los quintos de Barruecopardo, tras muchos años de no hacerse el ritual, sorprendieron a los paisanos realizando una de nuestras tradiciones más antiguas y peculiares, ya desaparecida. Cortaron un chopo en la Alameda y en un carro, tirado por ellos mismos, lo llevaron hasta el pueblo. Allí, en un corral, procedieron a cortarle las ramas y a descortezarlo, alisando su superficie. De este modo, sin más adornos, después del baile de Nochevieja lo plantaron en la plaza.

La costumbre de cortar un árbol en el campo y plantarlo en el pueblo aún se hace en muchos lugares de la geografía española y es conocida como “pingar el mayo”, pues la fecha más común para su realización, es la noche del 30 de abril. En estos casos, el árbol se deja todo el mes de mayo, siendo conocido, por este motivo, como “árbol mayo”.

En nuestra comarca, la costumbre de plantar “el mayo” sólo se conserva en Villasbuenas. Allí, lo colocan en la plaza que hay delante de la iglesia, la víspera de San Juan, donde permanecerá hasta la fiesta de las Madrinas (8 de septiembre).

Aunque, en la actualidad, al hecho de plantar el Mayo lo identificamos como una fiesta o espectáculo para mostrar la fuerza y habilidad de las personas que realizan el rito; en un principio, se trataba de un acto mágico-religioso relacionado con la fertilidad de la tierra; ya que, nuestros antepasados creían que la vida desaparecería de ésta si ellos, valiéndose de estos ritos, no traían la luz y la primavera que hace nacer la vegetación.

Lo reflejado anteriormente se relaciona con el árbol mayo y con el mes de mayo, cuando el reino vegetal está en pleno esplendor. En otros lugares, se hacía (o hace) por San Juan, durante el solsticio de verano. En Barrueco, en cambio, el “Mayo” se pingaba en la plaza, el último día de diciembre. Luego...no podemos decir, por razones obvias, que se plantaba un mayo. Sería más adecuado llamarle árbol de la Nochevieja o, por que no, árbol del solsticio de invierno, ya que su colocación estaba relacionada con esta fecha.

La costumbre de poner el Mayo en Barrueco venía haciéndose, ininterrumpidamente, desde siglos atrás, hasta la década de 1950, que fue cuando desapareció esta tradición. Entonces, se colocaba durante la tarde del 31 de diciembre, aprovechando la luz del día. Por estas fechas, las tardes son muy cortas y los días, con frecuencia, están nublados, con poca luz natural; esto hacía que más de una vez, el acto acabara ya entrada la noche, a la luz de la hoguera, que siempre se hacía, y del pobre alumbrado público, cuando éste comenzó a haberlo.

En el momento de plantar el Mayo, en la plaza se congregaba gran cantidad de gente para ver cómo los quintos, en un alarde de fuerza y destreza, eran capaces de colocar el árbol en el hoyo que previamente habían hecho para la ocasión; pues, debido al tamaño y peso de éste, plantarlo en el suelo era muy dificultoso.

Para izar el árbol, se ayudaban del carro en el que lo trasportaban, para situarlo exactamente sobre el hoyo; de escaleras para apoyarlo mientras lo subían, y de maromas para tirar de él y enclavarlo. Aunque, a veces, colaboraban amigos, familiares y espontáneos, lo habitual y “reglamentario” era que los quintos - entonces, numerosos- realizaran, solos, la proeza.

Cada año, la quintada procuraba que su árbol fuese el más alto y esbelto posible, intentando siempre superar al de los quintos del año anterior.

Además de preparar el mayo para la ocasión (generalmente, un pino o un chopo), a veces ataban un gallo en lo alto de éste y colocaban un letrero al lado con la siguiente inscripción: “kikiriki, un año llevo aquí”

Efectivamente, cuando se quitaba el árbol la tarde del día de Año Nuevo, es innegable que el ave llevaba allí desde el año anterior.

Con el árbol y el gallo, al calor de la hoguera, permanecían los quintos todo el tiempo.

Mayo en Villasbuenas

Pasaban las horas, cantando, asando chorizos, comiendo dulces, bebiendo vino y otros licores, e invitando a todo aquel que pasara por allí.

Aunque a ratos faltasen algunos, era necesario que siempre estuviese algún quinto manteniendo la hoguera.

El mayo, generalmente, lo compraba alguna familia para leña o para otros menesteres. Por ello, una vez caído, los quintos, entero o troceado, lo llevaban a la casa del comprador, recogiendo el dinero estipulado. En cuanto al pobre gallo que llevaba “un año allí”, acababa en la cazuela, pues lo comían los protagonistas de la fiesta.

El origen de esta costumbre es antiquísimo, perdiéndose en la noche de los tiempos. Las fiestas del Mayo, se celebraban en todos los pueblos desde la más remota antigüedad. Algunos se aventuran a situar su origen en el Neolítico, cuando el hombre se hizo sedentario gracias a la agricultura. Entonces, era común el culto a los árboles (los otros seres vivos). También, los pueblos celtas y los romanos, más cercanos en el tiempo, celebraban esta fiesta.

Los celtas son los habitates conocidos, más antiguos, que ocuparon el territorio que hoy es nuestra comarca (aunque hubo pueblos anteriores, no existen datos escritos de ellos). Llegaron a España hacia el año 1200 a. de C., procedentes del centro y norte de Europa y se establecieron en las zonas norte y oeste peninsulares.

Estamos, por tanto, ante un ritual que se ha transmitido, de generación en generación, hasta la actualidad desde hace, como mínimo, 3.000 años, lo cual resulta asombroso si consideramos la cantidad de pueblos que han pasado por España, desde entonces. La costumbre del árbol y de la hoguera en la plaza estaba muy arraigada en nuestros antepasados, prueba de ello es que sobrevivió incluso al cristianismo, que siempre utilizó todos los medios posibles para desterrar las costumbres paganas.

El árbol se colocaba el 31 de diciembre y se retiraba el 1 de enero (la transición del final de un año y el inicio de otro), a la vez que se hacía una hoguera que duraba toda la noche.

Si plantar el Mayo, en el mes homónimo, tenía una clara relación con las cosechas y la eclosión primaveral de las plantas; el motivo de hacerlo en diciembre parece estar relacionado con la luz.

Los celtas tenían muchos dioses, siendo el sol uno de ellos. Ese pueblo, cuya medida del tiempo se basaba en el seguimiento de los ciclos de la naturaleza, tenía un calendario en el que destacaban varias fechas clave como los solsticios, tanto el invernal como el estival.

El solsticio de invierno, es un fenómeno que ocurre en el Hemisferio Norte alrededor del 21 de diciembre. Ese día, el sol alcanza su zénit en el punto más bajo; es la fecha del año con menos horas de luz solar. A partir de aquí, las horas de luz comienzan a aumentar, progresivamente, en detrimento de la oscuridad, y lo siguen haciendo hasta llegar al solsticio de verano (21 de junio), el día con más horas de luz, en que se invierte el ciclo nuevamente.

En el solsticio invernal, los celtas celebraban que el astro rey resurgía con fuerza tras su período de debilidad otoñal y lo hacían con festejos, alrededor del fuego. La gente se concentraba alrededor



de una gran hoguera realizando los mismos actos que seguimos haciendo en la actualidad cuando hay fiesta: banquetes, cantos y bailes (estamos ante los verdaderos precursores del botellón). Otra parte del ritual festivo consistía en plantar un árbol, en un sitio destacado del poblado.

Tras la larga noche, el nuevo amanecer era recibido con gran alegría pues era signo de que el dios sol, que se había ido debilitando a lo largo de todo el otoño, había decidido renacer y ofrecer su protección, nuevamente, a aquellas gentes.

La costumbre de pingar el árbol en la plaza se mantuvo en Barrueco hasta la década de 1950 ininterrumpidamente recuperándose, fugazmente, en la década de 1970. En cambio, la costumbre de hacer una hoguera en la plaza, el día de Nochevieja, por parte de los quintos, aún persiste. Ambos hechos, son reminiscencias de nuestro más remoto pasado...de nuestro pasado celta.